

doctrina de un autor que es ante todo un teólogo que no ha tratado la realidad sólo con la luz natural de la razón, sino con esta razón iluminada por la fe. La filosofía de Escoto es una filosofía impregnada de espíritu cristiano. Desde un punto de vista teológico, la síntesis escotista ha sido explicada de diversos modos: el papel preponderante que atribuiría al primado de la voluntad, el cristocentrismo, la libertad y la omnipotencia divinas, etc. Para Iammarrone el fundamento de todo el edificio teológico de Escoto, desde un punto de vista teorético y existencial, es teocéntrico: Dios Uno y Trino, en el cual encuentran cabida el cristocentrismo y el primado del amor. A esta conclusión general, siguen unas páginas con una breve cronología biográfica de Duns Escoto (pp. 815-816), una bibliografía esencial (pp. 817-820), un índice onomástico (pp. 821-824), un amplio índice analítico (pp. 825-843) y el índice general de la obra (pp. 845-857).

Como el lector se habrá ya dado cuenta, nos encontramos ante un trabajo de envergadura. Nos parece que estamos ante una obra que será indudablemente punto de referencia obligado para todos aquellos que necesiten introducirse en el pensamiento de Duns Escoto o profundizar en su doctrina. Sólo esto es ya de agradecer. Pero además me parece que vale la pena subrayar algunos rasgos peculiares de este trabajo. Iammarrone es un teólogo conocido desde hace mucho tiempo por sus estudios sobre la doctrina de Santo Tomás de Aquino, a cuya Pontificia Academia pertenece desde hace muchos años. Este bagaje aflora con frecuencia a lo largo de este exhaustivo estudio cuando señala con precisión las diferencias que eventualmente se dan entre la doctrina de santo Tomás y la del beato Escoto. Por otra parte, como buen conocedor que es de la corriente escotista, a lo largo del trabajo, a medida que se suceden los temas que introduce, señala también las diversas opiniones que sobre la concreta postura de Escoto se han podido producir a lo largo de los siglos dentro de la misma escuela escotista. También evidencia aquellos aspectos de la doctrina de Duns Escoto que en su opinión el Doctor Sutil no consiguió resolver. Nos hallamos, en resumen, ante una obra meritoria que no podrá más que beneficiar a quienes la estudien o consulten.

José Antonio RIESTRA

Paul O'CALLAGHAN, *The Christological Assimilation of the Apocalypse*, Four Courts Press, Dublin 2004, 336 pp., 16 x 23, ISBN 1-85182-781-1.

Puede afirmarse que si en el s. XIX y los comienzos del s. XX, el primer libro de la Biblia fue objeto de interés particular por parte de los exegetas, el transcurso del siglo XX atrajo una atención cada vez mayor al último libro —el Apocalipsis— (junto con otras obras del mismo género). Gracias a las pu-

blicaciones de estudiosos como R.H. Charles (*The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament*, Oxford 1913) y D.S. Russell (*Message and Method of Jewish Apocalyptic, 200 BC - 100 AD*, London 1964), los exegetas empezaron a cobrar una conciencia mayor de la existencia e importancia de este género peculiar —emparentado con el profético pero no reducible a él— que se desarrolló en el judaísmo tardío y tuvo una incidencia importante en el cristianismo. E. Käsemann, con frase rotunda, denominaría la apocalíptica como «la madre de toda la teología cristiana» («Die Anfänge christlicher Theologie», en *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 57 (1960) 180).

El interés por la apocalíptica no ha hecho sino seguir en aumento, y el libro del Prof. O'Callaghan —actual Decano de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma)— es un buen botón de muestra de este hecho. Su libro manifiesta cuánto se ha avanzado en este sector (desde que un preocupado K. Koch publicara en 1970 su *Ratlos von die Apokalyphtik*, acerca del estado insatisfactorio de los estudios apocalípticos) e indica a la vez las cuestiones que quedan abiertas. Como M. MacNamara señala en el prólogo, hoy en día la exégesis no se limita a buscar el sentido literal de las Escrituras, sino a ver además su conexión vital con el existir religioso de la comunidad en cuyo seno vieron la luz. ¿Qué circunstancias históricas provocaron la formación y consolidación de la apocalíptica en el judeocristianismo? ¿Qué intenta expresar esa literatura? ¿Cómo influyeron sus ideas en el desarrollo de la fe de los creyentes?

O'Callaghan concreta el propósito de su libro en los siguientes términos. Desea responder ante todo a estas preguntas (pp. 2; 295): ¿Que significado tienen los textos apocalípticos, y cómo hay que interpretarlos? ¿Qué papel desempeñan los motivos apocalípticos que aparecen en el NT, particularmente en el Evangelio de S. Mateo (donde se encuentran con más abundancia)? Son preguntas ambiciosas, que anudan en sí numerosas cuestiones hermenéuticas, históricas y dogmáticas. El autor procede sistemáticamente en la elaboración de una respuesta, y vamos a seguir el hilo de su exposición.

En los primeros capítulos O'Callaghan ofrece un resumen y balance de la escatología del Nuevo Testamento desarrollada a lo largo del siglo XX. El paso del tiempo permite una mejor perspectiva y mostrar: (1) cómo uno de los puntos de partida del renovado interés por la escatología fueron determinadas propuestas de autores del ámbito protestante, y (2) cómo las variadas propuestas de la época pueden agruparse en dos escuelas enfrentadas entre sí. El autor hace una sucinta y atinada exposición de las dos escuelas hermenéuticas, destacando sus luces y sombras. La polémica entre ambas sirvió para reprimar el interés por el contenido escatológico del cristianismo, a la vez que dejó en evidencia las carencias de las partes enfrentadas (en especial el subrayado unilate-

ral que hacían en un aspecto u otro (futuro/presente) del mensaje escatológico de la Biblia («one-sided», p. 295).

La escuela de escatología radical («thoroughgoing», en terminología del autor, p. 23), liderada por Weiss, Schweitzer, et al., presentaba a Jesús como un místico apocalíptico, que pregonaba el inminente fin del mundo y la inauguración del Reino de Dios. Por otro lado, la escuela de la escatología realizada («realized», en palabras del autor, p. 30), promovida por Dodd como reacción frente a la primera teoría, entendía que el poder salvífico de Dios ya empezó a ejercerse plenamente en Cristo sobre la humanidad, y que por tanto no había que esperar ninguna novedad radical en el futuro. Ambas teorías resultaban descompensadas: la primera no podía explicar por qué no se desmoronó la fe de los cristianos con el paso del tiempo y la dilación de la parusía; mientras que la segunda escuela rebajaba la importancia de los abundantes elementos apocalípticos en el NT, considerándolos como instrumentos que los cristianos tomaron del judaísmo para acentuar el carácter radical del mensaje cristiano. Es preciso evitar estos dos extremos y buscar más bien la manera de armonizar —aunque parezca más complicado— las dimensiones futura y presente del misterio escatológico. Es interesante notar, como hace el autor, que la posición más equilibrada —resumida en el binomio popularizado por Cullmann en su libro *Christus und die Zeit*: «ya-todavía no»— es compartida hoy en día por bastantes autores católicos y protestantes (como p. ej. Pannenberg y Schwartz, que hablan de una escatología proléptica). Desde tal perspectiva, la escatología cristiana podrá definirse globalmente como el estudio del desplegarse de la salvación operada para la humanidad en Cristo (p. 296).

La segunda parte del libro sitúa al lector en el contexto general de la literatura apocalíptica. En primer lugar, dirige su mirada a la literatura apocalíptica extracanónica y las modernas aproximaciones a estas obras. (La inclusión de esta parte es significativa del desarrollo del método exegético en este campo: en efecto, se aprecian mejor los textos apocalípticos canónicos si se tiene en cuenta el humus cultural y religioso en el que nacieron.) Encontramos, a la vez, una afinidad y una diferencia de los textos canónicos con respecto a los textos no-canónicos.

Para establecer estas semejanzas y divergencias, el autor hace primero una caracterización básica de las obras apocalípticas extracanónicas. Enumera los siguientes rasgos comunes: un cierto dualismo, que concibe un hiato radical entre el eón presente y el futuro; un sabor predeterminista, que subraya la inexorabilidad del cumplimiento de los planes divinos (asignación futura de premios y castigos); una nota de urgencia, que habla de un fin inminente; el recurso a descripciones de cataclismos cósmicos; y temas doctrinales como la resurrección

de los muertos, el juicio universal, y la retribución eterna. Según O'Callaghan, las modernas corrientes de interpretación de estas obras se pueden clasificar en cuatro grupos, según el tipo de origen que proponen del género apocalíptico: (1) de la mitología de otras religiones de Oriente medio (p. ej., el zoroastrianismo); (2) del gnosticismo; (3) de la tradición profética; (4) de la tradición sapiencial.

O'Callaghan sostiene que pueden excluirse las dos primeras posibilidades: la primera, porque el género apocalíptico no es reconducible sin más a los mitos del Medio Oriente, sino que constituye claramente un género propio y peculiar engendrado en el ámbito judío; y la segunda, porque aunque hay cierto sabor dualista en la apocalíptica judeocristiana, no es tan radical como el dualismo que hallamos en textos gnósticos o zoroastrianos. Más verosímil —dice el autor— parece la derivación del apocalipticismo de las corrientes proféticas y sapienciales de Israel, que en medio de las vicisitudes históricas concretas del pueblo elegido dieron expresión a un mensaje divino de ánimo, consuelo y promesa. La apocalíptica parece combinar diversos acentos de estas otras corrientes: por un lado, el subrayado del profetismo en la respuesta humana requerida en el tiempo actual por las promesas divinas; por otro, el acento puesto por la literatura sapiencial en los eternos propósitos del Altísimo, que se cumplirán indefectiblemente.

A continuación, el autor estudia con detenimiento el evangelio de Mateo, donde detecta la presencia de importantes elementos propios del género apocalíptico. A la vez, nota algunas diferencias: las referencias al mundo definitivo son más sobrias, menos extravagantes; quedan atenuados los rasgos nacionalistas (grandeza de la Jerusalén repristinada como capital del reino, esplendor del templo, dominio de Israel sobre los gentiles, etc.), y en cambio adquieren importancia las descripciones de la destrucción del templo y de la ciudad santa. Por encima de todo, los motivos escatológicos quedan siempre modificados o matizados por su referencia a Cristo. Es tan importante la venida del Hijo del hombre para inaugurar el reino, que la era final de la salvación ya no queda situada totalmente en el futuro, sino como impregnando el presente, en una especie de oclusión entre el tiempo y la eternidad. Así pues, según el evangelio de Mateo, la persona y mensaje de Jesús dan respuestas algo diferentes a las preguntas de fondo planteadas por la literatura apocalíptica extracanónica.

Como paso para una lectura más profunda del primer evangelio como una «apocalipsis cristológicamente modificada» (p. 232), la tercera parte del libro se detiene en el examen detallado de la cristología subyacente al evangelio de Mateo. Según O'Callaghan, Mateo no ofrece en su libro un cuadro sistemático del misterio de Cristo, pero con su narración de los hechos da pinceladas de un cuadro coherente de Cristo como hijo de Dios que se acerca a la humanidad pecadora y se abaja hasta el extremo de entregar su vida como rescate por los hombres. Tal

concepción del Salvador —ésta es una tesis principal del autor— afecta decisivamente el uso que hace Mateo de los motivos apocalípticos en su evangelio.

En primer lugar, el mensaje cristológico de divino amor y misericordia llevados hasta el extremo lleva al evangelista a presentar el final de la historia bajo una luz más positiva. Mientras que las obras apocalípticas no canónicas tenían una fuerte carga de amenaza divina y miedo humano, en el evangelio de Mateo sobresale más la presencia y expansión en el mundo del amor paterno de Dios, en el Hijo y a través del Hijo. Y en vez del cuadro un tanto dualista típico de otras obras apocalípticas, donde la humanidad parece destinada *a priori* a ser segregada en dos grupos —hombres impíos merecedores de castigos y justos destinados a recibir consuelo y premio—, en el evangelio de Mateo brilla la idea de la universalidad de la oferta divina de salvación. El Hijo del hombre vino para llamar, no a los justos, sino a los pecadores (cfr. Mt 9,13). La encarnación, la vida pública, la pasión... todos los pasos de la biografía terrena de Jesús demuestran la extrema solícitud divina de que todos se salven, o más precisamente, que todos sin excepción tengan la oportunidad de acoger la oferta de salvación. Puede decirse incluso que los castigos que en los libros apocalípticos no canónicos estaban reservados para los impíos al final de los tiempos aparecen en Mateo como «trasladados» anticipadamente a la persona del Mesías, que asume esos sufrimientos atroces en nombre de los pecadores. Tal perspectiva permite entender el sentido profundo del Juicio escatológico, no como aplicación de una retribución a hombres arbitrariamente predestinados, sino como correlato del responsable aprovechamiento que los seres libres han hecho de la oferta de salvación en Cristo. Aquellos que se acogen al trabajo de salvación realizada por la Víctima pascual, se liberan de los castigos y se apropian de la Vida; aquellos que, en uso de su libertad, optan por no acogerse a la oferta de salvación en Cristo, reciben los castigos debidos. De este modo, afirma el autor, son corregidos o al menos tamizados ciertos aspectos del apocalipticismo en general —dualismo, predestinacionismo, etc.—, que resultaba difícil encajar en el conjunto de la doctrina judeocristiana: valor del mundo creado, seriedad de la libertad humana, etc.

En el capítulo final, el autor completa la dimensión cristológica de la apocalíptica con la dimensión pneumatológica. O'Callaghan entiende que en el Evangelio de Mateo está insinuada la acción del Espíritu Santo en términos de formación de la vida de Cristo en sus discípulos como individuos y como parte de una comunidad. Esta acción salvífica y gratuita corresponde a la personalidad del Espíritu Santo, Amor abnegado entre el Padre y el Hijo. El hecho de que la acción pneumatológica no resulta siempre perceptible en el mundo indica, no que tal acción sea inexistente o poco relevante, sino que es ejercida con un exquisito respeto hacia la libertad de los hombres. No por ser delicada resulta me-

nos importante: si el hombre no la secunda queda excluido de la comunión trinitaria. Desde este punto de vista, se entiende una vez más que en Mateo el mensaje fundamental del juicio (separación definitiva de los justos e impíos) es compatible con la doctrina de una salvación ofrecida a toda la humanidad.

\* \* \*

El libro del prof. O'Callaghan hace acopio de una ingente bibliografía exegética y teológica, clasifica posturas muy diferentes y, al evaluarlas críticamente, llega a una equilibrada intelección del Evangelio de Mateo. Todas estas tareas son realizadas admirablemente, de modo que el libro resulta utilísimo para quien desea obtener una visión de conjunto de, p. ej., los estudios sobre el lenguaje escatológico de Jesús, o el *status quaestionis* de la exégesis apocalíptica, o el significado teológico de la faceta apocalíptica del primer evangelio. Por supuesto, cualquier intento de clasificar diversas posturas implica cierta simplificación y generalización (por ejemplo, el talante «predeterminista» de las obras apocalípticas tal vez pueda entenderse más benignamente, en clave parenética, como invitación acuciante a la conversión o a la confianza). Así, las escenas gráficas de los terribles castigos a los impíos al final de los tiempos podrían entenderse como revulsivo para los actualmente endurecidos en la maldad). De todas formas una obra de síntesis tal como nos la ofrece el prof. O'Callaghan ayuda al lector a no perderse en el marasmo de opiniones y teorías, y captar las líneas de fondo del pensamiento de múltiples autores.

Una aportación de esta obra que nos parece especialmente interesante es que muestra cómo, en el género apocalíptico y en el evangelio de Mateo, se conjugan dos tensiones del mensaje escatológico cristiano: por una parte (1) la tensión entre la dimensión presente del misterio salvífico (exagerada por la escatología realizada, pero auténticamente presente en el profetismo) y la dimensión futura del misterio (incorporada unilateralmente por la escatología consecuente, pero realmente importante en la literatura sapiencial); y por otra parte (2) la tensión entre la doctrina de la libertad humana y el carácter decisivo de su respuesta frente a Dios, y la doctrina del poder divino y el carácter irrevocable de los proyectos salvíficos de Dios. Parece que el evangelio de Mateo compagina: (1) la importancia de la correspondencia humana en los tiempos actuales de salvación (donde el poder de Dios obra de un modo más bien escondido) y (2) la importancia de la iniciativa salvífica divina (que promete manifestarse de forma poderosa al final de los tiempos). Gracias a esta combinación, la actuación del poder salvífico de Dios queda de algún modo matizada por la reacción de la libertad humana. Nos hallamos frente a un drama: el juego misterioso entre el plan de Dios y la libertad de las criaturas.

J. José ALVIAR